

¿SE PUEDE VIVIR SIN MÚSICA?



Es muy posible que a la hora de hacer una lista de las cosas de las que yo no podría prescindir en esta vida, la música figurase entre los puestos más altos de la tabla. Claro que habría que matizar, porque, cuando uno habla de vivir sin música, doy por sentado que se está hablando de la música que a uno le gusta. Hay música, mucha más de la que sería deseable, de la que yo al menos no solamente podría prescindir, si no que estaría encantado de que nunca hubiera visto la luz, porque constituye una intolerable falta de respeto a la inteligencia y la sensibilidad de la mayoría de los seres humanos.

Existen dos factores que pueden llegar a convertir una inocente pieza de música en un arma muy peligrosa: el primero es su calidad, si está bien o mal hecho; el segundo es la dosis, es decir, el número de exposiciones a la misma música a la que puede llegar a ser sometido un ser humano sin menoscabo de su equilibrio psíquico.

Cuando hablo de la calidad de la música ¿a qué me estoy refiriendo?, ¿por qué decimos que la “Macarena” es vulgar y en cambio un lied de Schubert o una canción de Los Beatles es sublime? No basta decir que la “Macarena” no me gusta y la canción de Los Beatles sí, porque estaríamos moviéndonos en el subjetivo terreno de los juicios de valor. A lo que voy es que, igual que hay elementos más o menos objetivos para decidir, por ejemplo, que un zapato es de mejor calidad que otro, por los materiales con los que está hecho, por como están unidos entre sí y por la forma que el artesano a ideado, también se puede llegar a establecer con criterios objetivos que una música es de mejor calidad que otra. Para ello yo siempre echo mano de los tres principios fundamentales que gobiernan la construcción de cualquier pieza musical, por muy elemental que esta sea.

El primer principio es el de la repetición, el segundo es el del contraste y el tercero es la síntesis de los dos anteriores, la variación. No hay pieza musical que funcione correctamente sin repetir todos o algunos de sus elementos: el emisor, en este caso el compositor, tiene que decirle al receptor, es decir al melómano, que partes de lo que le quiere transmitir son de vital importancia para él y cuáles en cambio no son esenciales, sino que están ahí como material de transición (las transiciones son el puente entre una idea musical y otra, están siempre presentes en cualquier composición) o como ideas menores. Para ello echa mano de la repetición: al reiterar una, dos, tres veces la misma idea, le está diciendo al receptor que es importante y además le ayuda a que se le grabe bien en la memoria. Por eso en la mayoría de las canciones existe una parte, el estribillo, que se repite una y otra vez de la misma manera.

Los buenos compositores, aún sabiendo de la necesidad de repetición que tiene el oyente, también toman en cuenta su capacidad para saturarse de una misma fórmula (lo poco agrada y lo mucho cansa), de manera que se la ingenia para que el estribillo esté omnipresente en la canción o el concierto pero con ropajes distintos: lo repiten variándolo, quitándole una pieza de aquí y poniendo allá se puede conseguir que la construcción sea la misma, es decir, reconocible pero, al mismo tiempo diferente. Por muy bonita que sea una melodía o por muy divertido que sea un estribillo, si se repite siempre de la misma manera, puede llegar a poner al oyente de los nervios. Repetir sí, pero variando como hizo Maurice Ravel en el famoso “Bolero”. El bueno de Ravel se inventó una sinuosa melodía la repitió una y otra vez al ritmo de una hipnótica percusión, pero cuidándose muy mucho de que cada vez que la melodía volviera a aparecer se mostrara con un ropaje distinto, variando la instrumentación: unas veces canta el oboe, otras el flautín, otras la trompeta, y así hasta la apoteosis final.

Sin comerlo ni beberlo hemos aludido al segundo principio fundamental en música, que es el del contraste. El estribillo tiene que alternar con otra música diferente para generar un poco de tensión, para que nos preguntemos ¿cuándo volverá a aparecer esa música tan bonita y pegadiza? Para que ese contraste se produzca de verdad, la parte de la canción que no es el estribillo tiene que ser muy distinta a éste, bien porque tenga otro ritmo, bien esté en otra tonalidad, o por las dos cosas a la vez.

Ya tenemos elementos suficientes para dictaminar porqué la “Macarena” es de mala calidad. Se trata de una canción que explota hasta la saciedad solamente una de las necesidades básicas del ser humano, la de la repetición. Pero ni la necesidad de contraste ni la de variación son tenidas en cuenta por Los del Río.

Dice un antiguo aforismo que el veneno es la dosis, es decir, que la sustancia más mortífera a pequeñas dosis puede resultar inofensiva y hasta curativa, y en cambio, uno puede llegar a suicidarse si ingiere una dosis lo suficientemente alta de caviar Beluga. Con la música pasa lo mismo, incluso melodías sublimes a dosis elevadas pueden resultar mortíferas para la persona que las escucha. Esto es la consecuencia de la cada vez más preocupante tendencia a utilizar la música a todas horas y en cualquier contexto. ¿Te metes en un ascensor? ¡Toma musiquita! ¿Llamas por teléfono y te quedas a la espera? ¡Musiquita que te crió! ¿Necesitas comprar en el hipermercado? ¡Jódete y compra al ritmo de una musiquita!

El problema es que nadie te ha pedido permiso para hacerte escuchar ni esa ni cualquier otra música en ese contexto determinado. Pero a diferencia de lo que ocurre con la vista, que la puedes apartar para otro lado cuando te cansa lo que estás mirando, el oído es un sentido pasivo que tiene que soportar lo que le echen en el momento en el que se lo echen.

De manera que a la pregunta de si se puede vivir sin música, la respuesta es que se puede vivir sin la mayoría de la música que se escucha a lo largo del día. En primer lugar porque uno vive en perpetua sobredosis musical y, en segundo lugar, porque la mayor parte de la música que oímos a lo largo del día es de mala calidad, compuesta por desaprensivos o incompetentes que se pasan por el forro la necesidad de variación y contraste que tenemos las personas mínimamente sensibles y que sólo explotan de manera infantil el recurso de la repetición.

En cuanto a la otra, la música bien hecha, la que te pone el vello de punta cuando la escuchas, sea clásica, pop o flamenca, esté cantada o tocada, sea música de siempre o el último disco que acaba de salir al mercado, ésta es para mí tan necesaria como el aire que respiro. Porque nada como la música es capaz de sacarme de la miseria que es la vida cotidiana y transportarme a un mundo ideal donde reinan la luz y la armonía.

Por Máximo Pradera.



CUESTIONES.

1. Extraer las ideas principales del texto.
2. ¿Quién estaría más preparado para establecer con criterios objetivos la calidad de una pieza, canción u obra musical? ¿Por qué?
3. ¿Qué principios utilizas para decidir si una música es buena o mala?
4. ¿Qué significa que el oído es un sentido pasivo?
5. Piensa y escribe posibles problemas que se nos presenta si vivimos en una perpetua sobredosis musical.
6. Haciendo un análisis del texto, ¿qué ideas compartes y cuales no?
7. Una vez leído el texto, ¿Es imprescindible la música en tu vida? ¿Por qué?
8. Juicio crítico y valoración general del texto.

TÉRMINOS (definición): lied, canción, estribillo, bolero, melómano.

COMPOSITORES (breve biografía): Schubert, Los Beatles, Los del Río, Maurice Ravel.

AUDICIONES (para escuchar en casa).

- Un lied de Schubert.
- Una canción de Los Beatles.
- "Macarena" de Los del Río.
- El Bolero de Ravel.